

EL CIELO GIRA

Alicia Hernando Rosado

Hay lugares en los que la tierra parece haberse detenido y solo el cielo gira. Esa fue mi primera impresión. Llegué a los altos de Barahona a principios de enero, después de más de tres horas de viaje desde Madrid, en uno de los pocos autobuses que llegan a pueblos, donde el tiempo parece haberse detenido, a contemplar algo inespecífico, en el horizonte de la llanura castellana. Me apeé en el arcén, de la carretera comarcal, frente a unos contenedores de reciclaje donde colgaba un cartel con el rótulo: “Soria quiere un futuro”. El frío era seco, casi áspero, como el paisaje. La tarde se apagaba y las últimas luces me recordaron al paisaje nevado del impresionista David Jones: una mancha color crema desvaneciéndose en un cielo de grises plomizos y blanquecinos sobre siluetas oscuras, casi bultos, en un paisaje sereno: sin contornos, ni límites.

Cuando la nariz se me humedeció por el intenso frío, me recogieron en un Nissan Patrol, al que le eché más de veinte años, cubierto de una fina capa de polvo negro que hacía impreciso su color. La carretera de Barahona a Alpanseque, si se puede llamar así, era como un río serpenteante sobre una colcha de retales pardos, dorados y grises, que se desdibujaban en mitad de la oscuridad. No debieron encontrarle sentido al asfaltado, porque había socavones, tan profundos, que parecían agujeros negros. Solo el conocimiento, memorístico, del recorrido, podía evitar el desastre en la amortiguación de cualquier modelo de coche. Cuando ya casi habíamos recorrido los tres kilómetros y medio, que separaban ambos pueblos, Pablo, el conductor, me dijo: “¿quién la ha engañado para venir?”. Sonreí y seguimos en silencio hasta casa de José, primo hermano de mi padre, que fue quien me engañó para ir. Al salir del Patrol, el frío me golpeó en la cara, como quien pega para hacer daño. Entramos en la casa, en penumbra, entre reflejos

rojizos y naranjas, que se proyectaban desde la cocina, como en una falsa aurora boreal, típica de la lumbre castellana.

“José, la fisioterapeuta ha llegado” -así me presentó Pablo, pronunciando con dificultad la palabra fisioterapeuta. Entonces supe, con certeza, que lo que mi padre me relató por teléfono era real y preciso. El hombre estaba sentado frente a la lumbre en posición derrumbada, sobre una silla de ruedas, mal adaptada, cuyos radios proyectaban una sombra, extraña y lineal, sobre las losas de terrazo del suelo. Me acerqué a su altura y vi, en el lado iluminado de su cara, el izquierdo, la caída del párpado y de la comisura labial, por donde se deslizaba un fino hilo de saliva que José recogía con uno de esos pañuelos de algodón blanco y borde de líneas marrones, que ya se usan muy poco. Me hizo un gesto, en el intento de levantar la cabeza, mirándome con unos ojos del mismo color que la tierra que contemplé al llegar: pardos, profundos, tristes, asustados. El tronco se volcaba completamente, llegando al borde del reposabrazos de la silla y el pie permanecía fuera de la pala, peligrosamente cerca de la lumbre. El brazo izquierdo, el más afecto, estaba totalmente desconectado del tronco, inerte y pesado sobre el muslo, con la mano recogida como si sostuviese un ramo de flores inexistente. Con mucho esfuerzo y pronunciando cada palabra como si la dijese por primera vez, el anciano, de edad indefinida, como la mayoría de los que habitan los ya casi despoblados reductos de resistencia, casi numantina, en Soria, comentó: “esto me ha venido como una tormenta en un día soleado”. Hizo una pausa, por la fatiga de sacar de las profundidades de su garganta, cada palabra y, con voz disártrica añadió:” no he llorado en los últimos setenta años y ahora, sin querer, no paro”. Ciertamente, no sabía lo que es la labilidad emocional asociada al daño cerebral.

José era soltero, como la mayoría de los hombres en aquellas latitudes; vivía con su hermana Rosa, que tenía una discapacidad intelectual, por la hipoxia que sufrió durante

el parto llevado a cabo en casa. Pese a todo, le cuidaba lo mejor que podía. No había elección, ni alternativa. Pidiendo permiso, encendí la luz eléctrica y miré, con ojos escrutadores, a José, para hacer un análisis observacional preciso. No quise cansarle mucho y pronto me despedí, no sin acariciarle la mano afecta. Dije adiós con un “hasta mañana” y apagué la luz, devolviendo la anaranjada y hermosa aurora boreal a la cocina. Me marché con la sensación de un deber importante que cumplir: pensando en el potencial, en cambios, en alternativas. Algo había que hacer para que aquel hombre, que no había llorado en los últimos setenta años, dejase de consumirse a fuego lento, como el tronco de encina al que miraba nítidamente, solo por el ojo derecho, ya que el izquierdo presentaba una hemiparosia.

Me habían dejado la maleta en la entrada de la casa donde iba a alojarme. Era de piedra, restaurada y solo estaba ocupada en verano, como el ochenta por ciento de las construcciones de aquel pueblo, que multiplicaba por cinco su población desde junio a septiembre. Encontré poca diferencia entre la temperatura de fuera y la de dentro, pero me dejaron dos radiadores eléctricos: uno en el comedor y otro en la habitación donde dormiría, aunque poco, aquella noche. En la nevera encontré caldo y carne de cordero guisada. Jamón, queso, huevos y un tetrabrik de leche entera. El cansancio me pudo y opté por calentar el caldo; sin más, me lo bebí, al punto casi de ebullición, tratando de encontrar algo reconfortante, un calor no sólo físico sino espiritual, algo templado, que me alejara de aquella soledad de José, desplomado en su silla de ruedas, frente a la encina incandescente. Fregué los platos, color ámbar de Duralex y calenté una bolsa de agua para los pies. Me acordé de las veces, que mi abuela había hecho esto, cuando, siendo yo pequeña, les visitaba en el pueblo. El peso de las mantas me aplastó contra el duro y recio colchón. Me dormí pronto, pero una gran crepitación, un crujido en la madera, me despertó muy de madrugada. Me di cuenta de que los grandes silencios, estaban siempre

lentos de infinidad de matices. Escuché una sinfonía minimalista de crepitares, dilataciones de madera, ramas chocando, viento entrando por la chimenea y corretear en el techo, de lo que supuse, eran ratones.

El hielo

Me levanté muy temprano, quitándome de encima el peso de las mantas, que me hacían sentir como una crisálida en su capullo, caliente y estrecho, del que daba pereza salir. La diferencia de temperatura con el exterior de la habitación me sacudió en todo el cuerpo, con un golpe seco. Encendí, como pude, la lumbre en la cocina y la placa eléctrica en el comedor. En un tazón blanco y desportillado desayuné, mirando por la ventana los olmos iluminados por un sol pálido que solo los acariciaba con cuidado; pidiendo permiso. El viento ábrego movía las ramas con una cadencia que generaba un sonido musical, llenando el gran silencio, aquella paz. Pronto me di cuenta de que la soledad y el viento ábrego son una constante en aquellos altos castellanos.

A eso de las once, fui a buscar a José, para completar la evaluación e iniciar el tratamiento. Me indicaron que le aseaban en la habitación que estaba en el piso superior de la casa y luego, entre dos, de los veinte vecinos que estaban, le bajaban por las escaleras al comedor. A la luz del día pude observar, que los ojos pardos del anciano tenían destellos color miel y dorado, como piedras preciosas, en medio de una tierra áspera y fría. La postura se mantenía igual, anómala, en aquella silla que no le daba estabilidad. No obstante, al verme, aquel hombre de arrugas profundas, trabajadas por la erosión del frío y el sol, hizo un intento de querer levantarse, aún sin poder.

Le acerqué al borde de la silla y desde ambas hemipelvis quise facilitarle la puesta en pie, para analizar qué capacidad existía en la activación de los erectores profundos del tronco, así como en el aparato extensor de la rodilla. Tras valorar ese aspecto, traté de objetivar

el control motor de la cintura escapular a nivel proximal y si la mano podía abrirse de forma pasiva. Tras una hora aproximada de trabajo, extraje mis primeras conclusiones, para dar forma a ese punto, primero y primordial, de comienzo, que constituye el razonamiento. Teníamos que empezar lo antes posible; el tratamiento de los pacientes adultos con daño cerebral adquirido, en fase aguda, siempre requiere de prematuridad, intensidad y especificidad. El tiempo no era un problema, porque en aquellas tierras el tiempo se refugia, se retira; habita y respira. El tiempo ocupaba el espacio y contemplaba el paisaje. Tiempo teníamos de sobra, pero el comedor era tan pequeño que no podía tratarle allí. En la cama, el colchón era tan viejo, que se hundía con el peso y no nos permitía tener control en la pelvis y el tronco. Necesitábamos una camilla especial, como las que utilizamos en los centros especializados de daño cerebral. Pedir aquello, allí, era como pedir de adulto un regalo auténtico a los Reyes Magos, pero siempre hay un espacio para los milagros. Pablo llegó cuando yo trataba de sacar a pasear en la silla a José. En una zona sombría de la calleja desde la que salíamos, había una capa de hielo espesa y eso que ya era más de medio día, por la que resbalé perdiendo, casi, el control de la silla. Aprendí pronto que el hielo, el viento ábrego y la dificultad de estar solos, daba forma a la vida en aquellos pequeños pueblos, casi deshabitados. El chófer del día anterior evitó la catástrofe, sujetándonos para frenar la caída. Le comenté la necesidad de tener una camilla para iniciar el tratamiento y, tras pensarlo brevemente, me dijo:” mañana sin falta”.

El día transcurrió lento y sereno, como son allí los días. El sol se desdibujaba lentamente a partir de las cuatro de la tarde y los grises, ocre y dorados de la tierra, parecían ascender como vapores hacia el cielo confundiendo, lo sólido y lo gaseoso, en un frío intenso y blanco. Aproveché para reflexionar, leer, meditar y evocar los afectos de los que están y de los que ya no están. Pensé también en mis pacientes, los que viven en grandes ciudades,

y en su suerte; una suerte siempre relativa. Aquella noche dormí mejor, porque mi cerebro se estaba acostumbrando a la sinfonía de ruidos que habitan en el silencio y el peso de las mantas me llenaba cierto vacío interno.

Ya estaba en la cocina, cuando un golpe seco hizo vibrar la robusta puerta. Era Pablo que me llevó hasta un viejo horno de pan, en desuso. Durante el día pasado, él y otros tres, habían trabajado duro para hacer una plataforma con las dimensiones que les indiqué, y un sistema hidráulico, como el que utilizan para recoger las alpacas de paja en los campos de trigo y cebada. El resultado fue una espectacular camilla con sistema eléctrico de elevación y descenso. Una estructura rudimentaria forrada de paja muy compactada, a modo de tatami japonés, cubierto de lona, que resultó de una funcionalidad asombrosa. En el viejo horno había una gran estufa que caldeaba la sala de manera muy eficiente, lo que me permitió desvestir al paciente, para tratarle adecuadamente, sin que sufriera los rigores del frío. Comenzamos sin más demora. Mis manos contactaron con aquella piel del tronco, suave y blanca, casi inmaculada, que contrastaba con la tez morena, labrada de arrugas, por el cincel del tiempo, y las quemaduras del sol, reflejado en los campos nevados.

José apenas hablaba, pero con su mirada lo expresaba todo y, en las profundidades de aquellos ojos grises, con destellos color miel, veía las ganas, el tesón, la fuerza de la naturaleza humana que lucha con uñas y dientes, por reestablecerse, por mejorar. Esta constante, al igual que el hielo, el viento ábrego y la soledad de aquellos parajes la tenía aprendida, por haber tratado a cientos de seres humanos en igualdad de condiciones. Personas frágiles y vulnerables, frente a la discapacidad severa. La indefensión y la debilidad siempre presentes y superadas, por el esfuerzo, la constancia y el trabajo bien hecho. Solo la falta de consciencia y conciencia, el deterioro cognitivo severo, el abandono y el desamor limitaban el afán de superación personal.

El trabajo de alineación de las cinturas: escapular y pélvica, fue simultáneo a la de la construcción del control del tronco que, como un alfarero moldea el barro desde abajo para construir la vertical del jarrón, yo fui estableciendo en la misma dirección: de abajo arriba, activando al unísono el transversal del abdomen, junto con los estabilizadores locales intervertebrales. Una vez que la mano moduló su tono flexor, pudimos apoyarla en cadena cerrada sobre la superficie dura de la paja compactada y José se erguía, poco a poco, como un álamo negro, o tal vez, él hubiese dicho como una encina. Robusta, dura y redondeada sobre el horizonte pedregoso. En este proceso tardamos aproximadamente tres meses, pero como tiempo no nos faltaba, doblémos las sesiones, una por la mañana y otra antes de la caída del sol, siempre teniendo en cuenta la fatigabilidad del paciente.

El corzo

A finales de marzo, con la activación del glúteo mayor y medio izquierdos, logramos tener una piedra angular, estable, desde la que poder construir el movimiento en las extremidades. José que ya se comunicaba más fácilmente, me decía: “esto que usted me hace es como construir una pared de piedra sin cemento”. La comparación me pareció sumamente pertinente. La mirada de aquel hombre, tal vez porque el párpado izquierdo se había elevado con el tratamiento de la hemiparesia facial, empezó a orientarse hacia el cielo; ese cielo que giraba sobre una tierra llena de cardos, que parecía estable. Era una mirada esperanzada que proyectaba hacia el infinito aún gris y blanco, aunque con olor a brotes verdes, manifiestos en ciertos colores: caramelo y ámbar, que empezaban a llegar por la línea del horizonte. El pie se pudo apoyar bien, pero necesitamos una férula tipo Air cast®, para mejorar la estabilidad. Recorrimos ciento veinte kilómetros, ida y vuelta, para ir a comprarla, pero la distancia era relativa, si la comparáramos con la que recorría Isabel, otra vecina, con un cáncer de mama, que dos veces por semana tenía que ir a

Burgos a tratarse, porque en Soria no disponían de los medios adecuados. Progresamos en la búsqueda de la verticalidad que alcanzamos, poco a poco, de forma muy facilitada desde el inicio del tratamiento, hasta el día siete de abril, cuando José se puso de pie mucho más fácilmente, prácticamente solo, aunque aún con algo de empuje en la extremidad inferior derecha, que tuvimos que corregir, mejorando la distribución de la carga.

Los meses avanzaban y la mejora del paciente se incrementaba, aunque paramos unos días por un catarro benigno que se curó con paracetamol y caldo. Durante ese tiempo, y aprovechando la mejora climatológica, empecé a correr por los caminos de tierra, entre campos, salpicados de amapolas y espinos. Justo detrás de uno de ellos, una mañana en la que un sol, algo más fuerte, presagiaba el comienzo de una nueva estación, un corzo saltó a un metro de distancia de donde me encontraba y me miró fijamente. Nos quedamos los dos quietos, en espera de saber quién se movería primero. Corrimos casi paralelos durante unos metros y luego me dejó atrás internándose entre las chaparras del monte bajo. Aquella mañana el viento apenas si se notaba. Me llevé hasta casa, en mi retina, la mirada, algo asustada del corzo y comí los productos de la huerta que mi vecina octogenaria, *la Emilia*, me traía, junto con sus deliciosas mermeladas caseras; aunque ya me había acostumbrado a estar pendiente del sonido del claxon de las furgonetas, que acercaban los víveres hasta aquellos lugares, retirados del mundanal ruido.

La Vía Láctea

A finales de mayo, la bipedestación de José era cada vez más estable. Se ponía de pie sin necesitar ayuda y el control de la rodilla izquierda se incrementó notablemente. El estabilizador del tobillo pudo ser retirado y comenzamos a trabajar más definidamente el

equilibrio y el trabajo de reclutamiento motor contra resistencia, con material reciclado y artesano que nos hacían, a petición mía, distintos vecinos del pueblo. Iniciamos la subida y bajada de las escaleras, aunque era aún algo pronto.

Una noche de primeros de junio tomaba el fresco sobre una peña cuando Simón, el marido de *la Emilia*, que contaba con noventa años, bien llevados, se acercó hasta mí y dijo: “vamos a ver las estrellas que el cielo está raso”. Me llevó hasta unas eras pasado el cementerio. Yo nunca llegué, de noche, tan lejos, por miedo y desconocimiento. La oscuridad era absoluta, al igual que el silencio. Parecía que nos encontraríamos en medio de la nada, cuando susurró: “mira: la Vía Láctea”. Al mirar hacia arriba fue como si el universo me engullese de un solo bocado. Miles de millones de estrellas me abrazaron. Jamás había contemplado nada tan hermoso. Me sentí diminuta observando aquel espectáculo, e inevitablemente, dejé sin respuesta, algunas preguntas trascendentes; ya en la cama, sin el peso de las mantas que no eran necesarias, volví a cerrar los ojos y pensé en la Vía Láctea, vista desde aquel rincón del mundo.

La cosecha

En junio, José y yo, empezamos a recorrer los caminos, primero llanos y luego pedregosos, para mejorar la resistencia aeróbica. Conseguimos, con ayuda primero, y luego con supervisión, que ascendiera de forma segura hasta su habitación. Le enseñé a realizar estiramientos y trabajo de tonificación, sin estrategias de compensación. Para quedarme tranquila, y empleando mucho tiempo para convencerle, le hicieron un bastón de olmo, más largo de lo habitual y sin empuñadura. Le costó mucho aceptar aquella nueva versión, de la garrota que le acompañaba durante toda la vida; pero era necesario para minimizar la flexión de su tronco y evitar las caídas.

Lo que a priori iba a ser un fin de semana para evaluar las necesidades, se convirtió en siete meses de intenso tratamiento. Cuando vi el potencial, una posibilidad de cambio, supe que tenía que quedarme. De nada valían los consejos, en aquel rincón de la meseta castellana, donde rehabilitarse era casi una ilusión. Mi padre llevaba razón cuando me insistió por teléfono: “están solos”.

Antes de irme, José me regaló un fósil. Una concha marina enorme, convertida en piedra, que encontró labrando con su tractor. “De cuando el mar cubría estas tierras”- explicó lleno de satisfacción. Con una mirada de gratitud infinita, noté muy acentuados los destellos color miel sobre sus ojos pardos. Creí ver asomar alguna lágrima, pero no estoy segura, tal vez las pudo controlar. A finales de julio, el Nissan Patrol que me trajo, vino a recogerme. El polvo que lo cubría era algo más claro, o eso me pareció. Nos alejamos por la misma carretera parcheada, llena de socavones. Las últimas luces de la tarde se depositaban, a paletadas naranjas y rosas, convergiendo el crepúsculo, sobre la única encina al borde del arcén. Al mirar hacia atrás, vi, con asombro, la silueta de José que levantó el palo, hacia el cielo, a modo de despedida, irguiéndose, inmenso, como un álamo negro. En la radio sonaba el Canto del Loco:” *¡qué bonita la vida!, que da todo de golpe y luego te lo quita...tan bonita es que a veces se despista...*”, pero yo escuché la marcha triunfal de Aida. Me miré las manos y pensé en todos aquellos que trabajamos con ellas. La tierra, los cuerpos, como materia esencial y viva. Sembré la semilla; la regamos. Superamos el hielo. Con mucho trabajo, constancia y esfuerzo, creció la espiga y ahora era tiempo de cosecha, de alegría. El tiempo, allí de sobra, estuvo de nuestro lado. Supimos esperar. Me acordé de la mirada asustada del corzo y de la de José, el primer día. Fui partícipe de aquel cambio, de aquella alternativa, de una posibilidad, en un lugar en el que la tierra parece haberse detenido y solo el cielo gira. Desde entonces, siempre regreso, en busca de José, del tiempo y la Vía Láctea.